

Historia y narrativas nacionales

José Antonio Piqueras*
Universitat Jaume I

El final de las narrativas nacionales

Desde los años noventa del siglo XX viene proclamándose en la historiografía internacional el final de las grandes narrativas nacionales. El giro cultural y el posmodernismo, la historia transnacional -redes, circuitos, “movimiento de aceleración constante”-, la historia global y la historia de la globalización pusieron en cuestión en la historia académica el modelo que se había construido en Europa entre 1789 y 1848 de una historiografía cuyo marco de referencia era su condición nacional, en paralelo con la edificación de los Estados-nacionales a ambos lados del Atlántico, modelo después trasladado a la historia de Asia, del mundo musulmán y de África en los procesos anticoloniales y en la experiencia post-colonial¹.

En lo que respecta a la evolución de las formas de hacer historia, el “parroquialismo” disciplinar (humanidades, ciencias sociales, ciencias naturales) y geográfico (estatal-nacional, eurocéntrico), señaló en 1996 la Comisión Gulbekian para “la reestructuración de las ciencias sociales”, había comenzado a virar en los años sesenta hacia certidumbres que se mostraran alejadas de los modelos deterministas universales, que en realidad se habían cimentado en conocimientos “estadocentristas”. La respuesta había consistido en un desplazamiento de la unidad de análisis temporal, extendiéndola en la larga duración, y en una reducción de la perspectiva espacial en favor de lo local o de las regiones transestatales².

En otro sentido se discutían los paradigmas totalizadores de la sociedad y las explicaciones socio-estructurales, y se cuestionaba la asociación de la Historia con las

* ORCID: 0000-0002-7798-3506

¹ Georg G. Iggers y Q. Edward Wang, *A Global History of Modern Historiography*, Nueva York, Routledge, 2013 (2ª ed.).

² Inmanuel Wallerstein (coord.), *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1996, pp. 89-97.

Ciencias Sociales sobre la que se había fundamentado su prosperidad desde comienzos del siglo XX, buscando restituir la primera a las Humanidades³.

A las tendencias apuntadas se unían los nuevos y pujantes sujetos de estudio: mujeres, colectivos étnico-raciales, familias, segmentos de edad, élites y “gente corriente”, migrantes, excluidos, familias y ámbitos microhistóricos, etc. El marco nacional devenía a lo sumo referencia de origen, pieza entre otras, en relaciones que atravesaban fronteras y dejaban de ser explicadas en su singularidad distintiva. Era la muerte definitiva de Herder. Pero todo esto sucedía mientras en España volvía a destaparse el tarro que encerraba el genio del nacionalismo con su rostro bifronte, español y de los territorios “periféricos”, de lengua, cultura y conciencia -parcialmente-diferenciada.

Partiendo de postulados estructuralistas, Michel Foucault se refirió en 1966 (*Les Mots et les choses*) a las “condiciones subyacentes de verdad” que subsisten en las sociedades y cómo son arrastradas con el cambio de esas condiciones. A partir de ahí, proponía una revolución epistemológica que comenzara por desnudar el discurso del poder (en tanto capacidad) como creador de verdad, en la época contemporánea al servicio del control social (disciplinamiento) mediante una secuencia intelectual que incluía sujetos, enunciados, conceptos, estrategias, etc. (*L'archéologie du savoir*, 1969)⁴. ¿Es la nación una de las creaciones del poder, como sostienen no pocos autores? “En pocas palabras -afirmaba Eric Hobsbawm-, a efectos de análisis, el nacionalismo antecede a las naciones. Las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés”⁵. ¿Es la nación un tipo de realidad -ambivalente hasta en su significado-susceptible de originar un pensamiento, un sentimiento y una acción colectiva capaz de revestir a la comunidad de una determinada identidad, de movilizar a la población en favor de su constitución en cuerpo político y de incidir en la formación del Estado? ¿Qué papel corresponde a la narración histórica en este proceso, tanto si admitimos las consideraciones expresadas por Hobsbawm o la interpretación alternativa de este fenómeno, de la que nos hemos hecho eco? Menos dudas ofrece la siguiente reflexión del autor británico:

Los historiadores somos al nacionalismo lo que los cultivadores de amapola en Pakistán son a los heroínómanos: proveemos la materia prima esencial para el mercado. Nación sin pasado es un término en sí contradictorio. Lo que hace a una nación es el pasado,

³ Véase la nota editorial: “Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?”, *Annales* 2 (1988), pp. 291-293.

⁴ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 1968; y Michel Foucault, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1970.

⁵ Eric J. Hobsbawm, *Nación y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991, p. 18.

[...] y los historiadores son las personas que lo producen. Por ello, mi profesión [...] se torna un componente esencial del nacionalismo. Más aun que los etnógrafos, los filólogos y otros proveedores de servicios étnicos y nacionales también implicados⁶.

El desvanecimiento relativo de las narrativas nacionales, o la pérdida de su centralidad, golpeó los relatos que de continuo cruzaban la frontera entre la Historia y el nacionalismo político y se retroalimentaban, pues estos sumían en el descrédito a la disciplina histórica. En general, se consideró el relato nacional una modalidad anticuada de práctica historiográfica. Al mismo tiempo, desde los años noventa las reflexiones sobre el “hecho nacional” y los intentos de definir la nación en términos objetivos y con alcance universal se multiplicaron. El fenómeno, en suma, era dual y contradictorio.

Un sector influyente de la historia académica se deslindó de las narrativas nacionales por razones que en ocasiones guardan relación con lo que venimos escribiendo, pero también con un sentido crítico que nacía de la reflexión sobre el nacimiento y función de la Historia en tanto ciencia o disciplina académica en la época contemporánea: en todos los lugares había formado parte de la estrategia de construcción de los Estados-nación, siendo uno de los artefactos culturales más persistentes y utilizados por los poderes públicos a través de la educación y más tarde de los medios de comunicación de masas. Al servicio de ese fin, las narrativas nacionales, viradas en nacionalistas, con frecuencia habían retorcido las evidencias históricas para acomodarlas a los intereses de la nación que se deseaba constituir mediante una determinada legitimación procedente del pasado (la “historia patriótica”) y con los mimbres de la ideología hegemónica.

Esto era aplicable por igual a las grandes narrativas nacionales nacidas entre los siglos XVIII y XIX, de Francia, Alemania, España, Estados Unidos, México o Argentina, y a las narrativas de las pequeñas naciones o “naciones sin Estado”. Precisemos que no pocos autores prefieren reducir estas últimas a “naciones culturales”, expresando con ello una distinción que reserva las características plenas de la nación a las naciones políticas; con ello, olvidan o prefieren desconocer la historia de los países que conformaron la Monarquía de los Habsburgo o del Imperio zarista, la definición reconocida a las tres naciones que comparten la Gran Bretaña, la formación histórica de Canadá o el proceso de agregación que conduce a la formación de Francia: Bretaña, Navarra, Borgoña, el Flandes francés, Alsacia y Lorena, Saboya, Córcega, el Rosellón o Cataluña francesa, entre otros vestigios de “naciones culturales” que sin embargo habían sido reinos, ducados y otras entidades soberanas, casi todas ellas con lenguas distintas

⁶ Eric J. Hobsbawm, “Etnicidad y nacionalismo en Europa hoy” [*Anthropology Today*, vol. 8, 1, 1992, pp. 3-8], en Álvaro Fernández Bravo (comp.), *La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires, Manantial, 2000, pp. 173-184 [173].

del francés, pero sobre todo con su propio poder político o formando parte de otros Estados.

Retornando a Hobsbawm, podemos repetir con él: “la historia que los nacionalistas quieren no es la historia que podrían proporcionar los historiadores profesionales [...]. Es una mitología retrospectiva”. Más esto no ha sido obstáculo para el progreso de las historiografías nacionales, pues recordando a Ernest Renan, “Olvidar la historia, o incluso el error histórico (*l'erreur historique*), es un factor primordial en la formación de una nación, por lo que el avance de los estudios históricos es, a menudo, perjudicial para una nacionalidad”⁷. Veremos a continuación que esto no es únicamente aplicable a la historia “erudita” precientífica, exploradora y creadora de mitos improbable o de apariencia verosímil, sino que se traslada sin dificultad a autores actuales que se han ofrecido a revisar los errores de sus predecesores. Ahora bien, como el propio Hobsbawm advertía sobre la Historia, y suscribiría cualquier historiador, “Los historiadores están profesionalmente obligados a no interpretarla mal, o, cuando menos, a esforzarse en no interpretarla mal”⁸.

No solo en España se reinventó el pasado de los reyes godos, la “Reconquista” o la unidad nacional del siglo XV, mientras se olvidaba la historia de la destrucción de las Indias seguida de cuatro siglos de colonización, la contingencia y fragilidad de la uniformidad lograda por las armas de 1707-1714, por no abundar en el descrédito complaciente de los regímenes democrático-burgueses (1868-1873 y 1931-1936) y el ensalzamiento de las “rectificaciones” militares de un país, al parecer, nunca preparado para la civilidad (1814, 1820, 1843, 1856, 1874 por partida doble, 1923, 1936). También la historia de Francia refiere la conquista del ducado de Saboya en 1793 -transferida definitivamente en 1860- como “unificación”, después de considerar la lengua minoritaria de la corte de Chambéry -el francés- como la lengua que hacía del país parte natural de Francia, cuando el pueblo hablaba dos lenguas romances, el francoprovenzal y el occitano, que la posteridad nacionalista (francesa) convertirá en meros dialectos de la lengua de Molière. Xavier de Maistre ya mostró a quien quiso escucharlo el error de confundir la lengua y la “patria”.

La deconstrucción del relato mistificado

He aquí una doble cuestión: las exigencias del oficio del historiador ignoradas debido a un compromiso, y el estado cultural y de conciencia de una sociedad dada, receptiva o reacia a determinadas explicaciones.

⁷ E. J. Hobsbawm, “Etnicidad y nacionalismo en Europa hoy”, p. 174.

⁸ E. J. Hobsbawm, *Nación y nacionalismo desde 1780*, pp. 20-21.

En la época romántica del siglo XIX, proseguida en el XX en más de una ocasión, la narrativa nacional que se orientaba a la construcción cultural identitaria se distanciaba con frecuencia de la búsqueda de la verdad contrastada, sin importar demasiado las pequeñas (o grandes) distorsiones, los mitos simpáticos, un toque de fabulación. En definitiva, proporcionaban fabricaciones que cuestionaban la profesión del historiador en cuanto se rascara la superficie de su trabajo. La agenda nacionalista se apoderaba del hecho nacional, lo modelaba conforme a su proyecto. El objetivo nacional (no la nación en abstracto, sino el proyecto específico que se espera desarrollar) se apodera del método, de las reglas que la disciplina científica exige observar, adopta el rostro descarnado de la ficción, convierte a los historiadores en meros charlatanes indistintamente de que en lugar de ser condenados al desprestigio merezca el aplauso de un público entregado a los supuestos descubrimientos.

Desde la consideración de la profesionalidad, la coherencia del método o la honestidad del historiador, el peligro de esa desviación debía ser suficiente para poner tierra de por medio con unas prácticas que serían consideradas bastardas en cualquier ciencia o disciplina científica. Sin embargo, la Historia nació hace 2.500 años, con Herodoto y Tucídides, como un ejercicio narrativo, entre literario y analítico, vinculado al poder y, en el caso del segundo autor, mediante la apropiación de la memoria reconstruida, una de las memorias testimoniales en disputa que consigue un lugar para la posteridad gracias a que prevalece sobre la de sus adversarios. Su lectura, además de responder a criterios estéticos y retóricos, iba unida a la enseñanza política y moral. Todavía en la segunda mitad del siglo XVIII la materia impartida en los colegios de humanidades franceses es *Histoire des rois de France* o *Eléments de l'histoire de France*, pero en las facultades y en el Collège de France pasa a denominarse *Histoire et Moral*, mientras va abriéndose paso la pretensión de una educación cívica, dos o tres décadas antes de 1789⁹.

Naturalmente, el historiador crítico con la historia-relato nacional al servicio de un Estado-nación, o de una “nación sin Estado” (modalidad capaz de generar prácticas discursivas muy similares a las anteriores, al margen de su desigual punto de partida al carecer de la fortaleza de un Estado en cuanto a la producción de conocimientos (ciertos o fabulados) y a la socialización de resultados), se hallaba expuesto a dos tipos de reacciones: *a*) la justificación que nacía del compromiso con la sociedad o con un pueblo, que cuestionaba la supuesta neutralidad valorativa del científico social, apelando a derribar las “torres de marfil”; y *b*) la discutible sustracción al problema, puesto que - según escucharemos- toda historia es historia nacional. De esta doble objeción se hace

⁹ Patrick Garcia y Jean Leduc, *L'enseignement de l'histoire en France: de l'Ancien Régime à nos jours*, Paris, Armand Colin, 2003.

eco en un texto muy clarificador Albert Balcells, declarado -y cualificado- historiador del hecho nacional catalán: “No hay posibilidad de hacer una historia no nacional. [...] siempre se hace historia con una perspectiva nacional”. Esto último lo sostenía mientras alertaba de la pretensión llevada a cabo desde mediados de los años ochenta de negar una historia nacionalista mediante la desmitificación de todas las historias patrióticas, “con el historiador aparentando estar fuera de la historia y de los conflictos, una versión aparentemente progresista del mito positivista de la objetividad del historiador, entendida como neutralidad e indiferencia”. Balcells advertía que “El esfuerzo de objetivización y de relativización de la historia”, que sustrae al historiador de su instrumentalización con fines políticos o sociales, “no tiene nada que ver con una indiferencia moral, invariable y solo aparente, y que, si resultara posible, entrañaría la deshumanización del historiador en su sueño de trascender sobrehumanamente la historia” (como quiera que se interprete “el sueño de trascender sobrehumanamente la historia”, que el autor considera consustancial a la dimensión humana del historiador). Balcells exponía estas reflexiones mientras daba cuenta de un simposio celebrado en Estocolmo en 1990 sobre “Las concepciones de la historia nacional”, y expresaba su desazón por lo escuchado: se hacía eco de “la mala prensa de la historia nacional entre los historiadores, predispuestos a considerarla idealista, plagada de mitos chovinistas, y demasiado centrada en la superestructural entidad del estado, inclinados, en suma, a dictaminar, sin más, que no hay que hacer historia nacional y que la nación como tal no puede ser objeto de la historiografía científica y solo objeto de adoctrinamiento nacionalista”¹⁰.

Conviene precisar que a mediados de los años ochenta, para ser precisos, en 1985, Ricardo García Cárcel publicó una *Historia de Cataluña*¹¹ que se distanciaba de los afanes nacionalistas, obra a la que Balcells posiblemente alude -y elude mencionar. García Cárcel abundaba en la desmitificación de las historias patrióticas de corte romántico que aparecieron en la *Renaixença* y habían encontrado su canon en los trabajos fundacionales de Ferran Valls Taberner y Ferran Soldevila que, no obstante, no habían resistido el análisis crítico de la historiografía académica (de Vicens Vives, al marxismo y el positivismo convencional), pero que resurgían a comienzos de los años ochenta de la mano del *pujolismo* cultural que aspiraba a conquistar la hegemonía política e ideológica para una determinada concepción del catalanismo. Cuando aparece el libro de García Cárcel, la crítica hacia esa visión romántica gozaba de aceptación en el medio universitario, en una coyuntura de desmitificación de los relatos heredados,

¹⁰ Albert Balcells, “Las concepciones de la historia nacional. El Simposio Nobel de 1990”, *Historia Contemporánea* 5 (1991), pp. 267-281.

¹¹ Ricardo García Cárcel, *Historia de Cataluña: siglos XVI-XVII. 1, Los caracteres originales de la historia de Cataluña; 2, La trayectoria histórica*, Barcelona, Ariel, 1985.

comenzando por el “redescubrimiento” de la historia española hurtada por el franquismo y reconstruida en grandes colecciones editoriales (Alianza Alfaguara, Labor, Historia 16). Con la perspectiva que ofrece la distancia, el revisionismo de la historiografía patriótica, tarea percibida como “científica” en cualquier país que hubiera alcanzado un grado de madurez cultural, fue pionera en Cataluña con relación a otras historiografías peninsulares; pero también fue a contracorriente puesto que el catalanismo en general -de izquierda a derecha- se consideraba particularmente asolado por cuatro décadas de aculturación forzosa y la desmitificación era percibida por no pocos como una nueva ofensiva que borraba el hecho diferencial nacional e histórico del país. Así que el revisionismo pronto despertó sospechas y la desconfianza se tornó en hostilidad.

En segundo lugar (recuerde el lector: nos referimos a dos grandes cuestiones derivadas del proyecto de narrativa nacional), la historia patriótica trufada de mitificaciones y acomodados, o bien era imputable a simple ignorancia, frivolidad comercial o a la estupidez intrínseca de algún autor (vgr.: la leyenda de Tubal, nieto de Noé, jefe de la estirpe que dio origen a un pueblo y fundó la primera monarquía ibérica; el nacimiento de España haciéndolo coincidir con el primer reino cristiano de Toledo, prescindiendo del significado que la palabra “España” poseía para los visigodos; la confusión entre una unión dinástica, la unión de Estados y el acta de existencia de una nación; la continuidad humana del hombre de Atapuerca y lo que ha dado en ser llamado “español”; el inicio de una reciente *Història Mundial de Catalunya* con la referencia a los restos hallados en la cueva de l’Aragó, en Talteüll, de “los primeros restos de un catalán” de un antigüedad de 550.000 años), o bien formaba parte de una percepción cultural extendida -un consenso temporal- que resultaba inseparable de la visión y los intereses de quienes a su vez ejercían el poder y, en una sociedad socialmente diferenciada en grupos, estratos o clases, gozaban de predominio. Este sería el significado de la noción “ideología hegemónica”.

Narrativa nacional y hegemonía cultural

Durante mucho tiempo, la asociación entre producción cultural -nada mejor en relación con la nación que la narración histórica que daba cuenta de su existencia y continuidad-, poder y sectores dominantes formó parte en exclusiva del arsenal analítico del marxismo, donde encontró su primera formulación. “Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época”, había escrito Karl Marx en uno de sus pasajes más citados. A continuación, recuperaba y reconsideraba una de las ideas esenciales de Hegel (*La fenomenología del espíritu*), la consciencia o autorreconocimiento, que el hombre de Tréveris traslada a la creación de la esfera cultural en la que se elabora la cosmovisión más favorable a la posición prevalente: “Los individuos que forman la

clase dominante” tienen conciencia de su condición, sus ideas responden a su estatus y propenden a determinar el conocimiento de su época histórica; “como productores de ideas”, tienden a regular su producción y distribución; de ahí que su pensamiento domine esa época y alcance su máximo grado de eficacia -para neutralizar la hostilidad que la misma idea pudiera despertar- adoptando la apariencia de ser “algo aparte e independiente”. La sociedad moderna, añade, se caracterizaría por la esencialización de los conceptos, transformados en leyes eternas una vez que son asociados a la naturaleza humana. Marx encuentra una explicación a la emergencia de alternativas ideológicas: las clases sometidas, en condiciones que no especifica, son capaces por medio de alguno de sus miembros o de elementos desclasados de formular un pensamiento que subvierte el orden ideológico, político y económico¹².

El lugar del relato histórico se revela fundamental en el proceso descrito, de la historia evolutiva de la sociedad y de la historia nacional. En este punto, Marx no descubre nada nuevo, pues corresponde a la Ilustración la génesis de la moderna historización: desde la ordenación de las grandes épocas históricas -al modo en que los naturalistas clasificaban las especies y de los distintos “reinos” mineral, vegetal, animal (curiosa denominación, “reinos”, que procedía de la territorialización del gobierno supremo), a las condiciones históricas de la marcha de las ideas, el derecho, la economía la política o la moral.

El enunciado de Marx parecía cuadrar bien con el momento del ascenso y consolidación de la sociedad burguesa, el siglo XIX en Europa y América, cuando la Historia es estudiada y escrita por publicistas y por unos pocos académicos que se sitúan por lo general dentro del orden establecido -de orientación liberal o conservador-; solo residualmente, la Historia escrita es obra también de clérigos y escritores refractarios, de un lado, y de autores radicales -demócratas o socialistas- de otro. El siglo XX, en la medida en que se institucionaliza la profesión de historiador y se “funcionariza” en numerosos países, pareciera haber favorecido un estatuto que alienta la independencia del estudioso y hasta el ejercicio de la crítica sufragado con los recursos públicos que administra el Estado, que de acuerdo con las anteriores formulaciones sería expresión política de las relaciones sociales que sostienen y reproducen el dominio de la “clase dominante”. Los trabajos destinados a poner de relieve la evolución de la historiografía, de las ciencias sociales, de los estudios culturales y de la filosofía política conforme a esas

¹² Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, Barcelona, Pueblos Unidos-Grijalbo, 1974 (5ª ed.), pp. 51-52.

premisas -la evolución de las propias sociedades- ha contado con análisis más o menos profundos y eficientes¹³.

Antonio Gramsci desarrolló dos nociones marxistas que revistió de sofisticación intelectual una vez la aseveración se hacía acompañar de la duda: ¿cómo las ideas de un grupo social llegaban a predominar sobre las de los otros en sociedades abiertas a la libertad de pensamiento y de expresión? ¿de qué manera la existencia de ideas revolucionarias, como también había escrito Marx, además de indicar la existencia de una clase revolucionaria, lograban abrirse paso en un medio ideológico dominado por el adversario? Gramsci situó en el centro de sus reflexiones las nociones de “hegemonía” y de “intelectual orgánico”, piezas insustituibles en la vida cultural y en los proyectos políticos desde la segunda mitad del siglo XX, primero en los movimientos de izquierda y desde la década de 1980 en los partidos y movimientos de la derecha que, no obstante, antes de poner el pie sus modernos *think tank* y programas de “política cultural” de inspiración gramsciana, contaban con una tradición propia de Fundaciones (Rockefeller, Carnegie, Ford) estrechamente unidas al fomento de las ciencias sociales en los Estados Unidos y Europa con una determinada orientación ideológica. Como ha recordado el sociólogo Josep Picó, “la Guerra Fría se caracterizó por la política del presidente H. Truman, que la describió como una ‘lucha, sobre todo, por la mente de los hombres’ y más ideológica que bélica, y en ese proyecto trataron de conquistar la voluntad de algunos de los intelectuales europeos más prominentes”¹⁴.

Louis Althusser ofreció en 1970 una variante pragmática, desde estructuralismo marxista, de la noción gramsciana de hegemonía y situó la función de la escuela (la enseñanza en sus niveles graduados) entre los “aparatos ideológicos del Estado”, esto es, aquellos que en lugar de la represión se sirven de la ideología para adiestrar a la población y reproducir el dominio del propio Estado, que sería el de la clase dominante¹⁵.

El concepto de nación, tal cual la encontramos en los procesos de edificación del Estado-nación con posterioridad a 1789, ¿podría ser desligada de la ideología propicia a las nuevas sociedades que se estaban constituyendo? A los individuos, al mismo tiempo en que eran definidos como ciudadanos -la personificación de los derechos en la dimensión individual de los sujetos-, se les hacía partícipe de una comunión colectiva formada en el pasado y erigida en el presente en sujeto de soberanía, la nación. La

¹³ Un buen ejemplo, referido a la emergencia de los estudios culturales, en Richard E Lee, *Life and Times of Cultural Studies. The Politics and Transformation of the Structures of Knowledge*, Durham, Duke University Press, 2003.

¹⁴ Josep Picó, “El protagonismo de las fundaciones americanas en la institucionalización de la sociología (1945-1960)”, *Papers* 63-64 (2001), pp. 11-32 [p. 26].

¹⁵ Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

Historia, en tanto conocimiento y relato del pasado, transformaba su función al cambiar de destinatario: antes sus consumidores eran minorías ilustradas, ahora lo es, idealmente, la población en su conjunto, aunque inicialmente la disciplina se dirige a las clases medias letradas. Esa “nueva Historia”, conforme a las nuevas teorías de gobierno y de la representación “nacional”, enfatizaba determinadas acciones colectivas -justas, ordenadas, bien orientadas, ajenas a la anarquía del vulgo- que ensalzaban la voluntad del pueblo, frente a la tradicional Historia de la monarquía encarnada en reyes y hombres principales. De lo que no se desprendía la “nueva Historia” romántica es de la consabida visión teleológica (antes Providencial) que conducía a la formación de los reinos existentes, base territorial y de poder del moderno Estado, o se proyectaba como aspiración en países que en algún momento perdieron su soberanía -o la vieron fragmentarse- y ambicionaban recobrarla.

Juan Sisínio Pérez Garzón anticipó en un texto publicado en 1978 el papel asignado en España a la enseñanza y a la Historia en el nuevo ordenamiento sociopolítico: “La revolución que se está verificando en nuestras instituciones políticas -reproduce del portavoz del progresismo en 1835- debe extenderse también a nuestra educación; y el carácter de utilidad pública que aquellas van adquiriendo tiene que comunicarse igualmente a nuestra enseñanza”. En la apertura del curso de 1835-36, Juan Eugenio Hartzenbusch, demás de recordar que el Estado suplía con ventaja al padre trabajador en la educación de los hijos, señalaba que éstos serían un día ciudadanos, por lo que la escuela debía transmitir las virtudes cívicas y la observancia de las leyes de la nación, mientras la Historia, describiendo un arco del que los tiempos presentes eran su culminación ascendente, debía ser materia imprescindible en la formación del maestro y asignatura obligatoria en el sistema escolar¹⁶.

La construcción de las narrativas nacionales decimonónicas ha generado, en mayor o menor medida, análisis críticos en nuestros días, sean las resumidas en los manuales escolares o en las obras dirigidas al público en general, como la muy popular *Historia General de España* de Modesto Lafuente (continuada por Juan Varela, Andrés Borrego y Antonio Pírala), dirigida a las clases medias. La batalla por el pasado ha sido común en casi todos los países. En España, ese combate será parte central del discurso nacional en el siglo XX, siendo definitorio no solo de la pertenencia -sentido inducido y catalizado en sentimiento-, sino de la exclusión con la que el tradicionalismo, primero, el nacional-catolicismo a continuación, o en la actualidad el neonacionalismo español y algunos nacionalismos alternativos de comunidades sin Estado, aplican a los disidentes de su concepción, que pasa a ser la única aceptada: la “anti-España” o “el traidor”. Todo esto

¹⁶ J.L. Peset, S. Garma, J.S. Pérez Garzón, *Ciencias y enseñanza en la revolución burguesa*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 2-37.

viene desde mucho antes de que el concepto “identidad” se adueñara del discurso cultural y político. Forma parte de una definición del “nosotros” que es ajena a la conciencia del individuo: aquí no hay lugar al “plebiscito cotidiano” con el que Renan definía la voluntad nacional, de la misma manera que perseverar en el error/pecado, a pesar del libre albedrío, no es una elección que pueda quedar impune en la tradición católica.

Hace dos décadas, en el año 2000, un lúcido ensayo sobre la función social de la Historia nos mostraba el pulso entre poderes públicos y nacionalismos por imponer su visión del pasado y socializar en un sentido u otro a la población, rescatando identidades extraviadas en unos casos, reaccionando ante lo que algunos percibieron como desnacionalización española, argumento que se acabaría trasladado a la confrontación política lustros después, cuando las respectivas historias confrontadas en papel impreso fueron calificadas de “adoctrinamiento” que pretendía negar el pasado diverso o difundir en exclusiva historias particulares que omitían experiencias compartidas durante siglos¹⁷. Identidades compartidas e identidades en conflicto se convirtieron en materia de un amplio número de estudios¹⁸, mientras en la línea de la nación “imaginada”, el constructo cultural que la política transformaba en realidad trascendente, varios hispanistas y unos pocos autores españoles aportaron sus contribuciones¹⁹.

La Historia transmutada en origen de la realidad

Pareciera que el debate era cosa de historiadores del periodo llamado Contemporáneo. Solo que la narración de la Historia de España no se iniciaba en el siglo XIX. García Cárcel, de nuevo, fue quien trasladó el debate a los siglos anteriores. En el libro reunido e introducido por él *La construcción de las historias de España*, aparecido en 2004, se revisan las historias que desde comienzos mediados del siglo XVI hasta el XX refieren una denominada “historia de España”. Más exactamente, estaría la *Historia general de España* del jesuita Juan de Mariana (1601), publicada en 30 volúmenes que en la edición original en latín titula *Historiae de rebus Hispaniae* [*Historia de las cosas de España*].

¹⁷ Juan Sisinio Pérez Garzón, Eduardo Manzano, Ramón López Facal y Aurora Rivière, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000.

¹⁸ Luis Castells (ed.), *Del territorio a la nación. Identidades territoriales y construcción nacional*, Madrid, Biblioteca Nueva – Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda, 2006.

Jean-Louis Guereña y Manuel Morales Muñoz (eds.), *Los nacionalismos en la España contemporánea. Ideologías, movimientos y símbolos*, Málaga, Diputación de Málaga, 2006. Pere Gabriel, Jordi Pomés y Francisco Fernández Gómez (eds.), *España Res publica. Nacionalización española e identidades en conflicto (siglos XIX y XX)*, Granada, Comares, 2013.

¹⁹ Inman Fox, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1998. Carlos Serrano, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus, 1999.

García Cárcel señalará en el estudio preliminar a la obra que la existencia de estas historias denotaría una conciencia de nación, y ello en la medida en que la historia -narrada, reproducida, enseñada- pueda ser tomada como uno de los signos de su existencia e identidad²⁰. El historiador regresaría sobre estas preocupaciones en uno de los libros de historiografía más destacados de las últimas décadas, en nuestra opinión la principal revisión historiográfica llevada a cabo por un autor para el que esta perspectiva ha formado parte de sus constantes profesionales (sea sobre Cataluña, la Inquisición, el mito de la nación formada en la Guerra de la Independencia, etc.): *La herencia del pasado: las memorias históricas de España*, aparecido en 2011 y que se hizo acreedor del Premio Nacional de Historia²¹.

Antes de trasladar a un tiempo lejano, o con más solvencia al siglo XVIII, la narración de la nación española, la cuestión consiste en delimitar el significado que para los contemporáneos de cada época tiene la noción “España” y “español”, y los conceptos de “nación” y de “Historia”. En segundo lugar, debemos resolver hasta qué punto la existencia de obras que se incluyen en la pretensión de establecer una identidad compartida es suficiente para reconocer una historia “nacional”, si la obra cumple dicha función, e incluso si estaban en condiciones de dar cuenta de tal objetivo. Así, el Diccionario de Autoridades, de 1734, encontró dificultades al precisar la noción de “Historia”. Primero mencionó una relación “hecha con arte”, es decir, una suerte de género literario, que igualmente podía ser oral, pues lo central es que se trata de la “descripción de las cosas *como ellas fueron* por una *narración continuada y verdadera* de los *sucesos más memorables* y las acciones más célebres” (cursivas nuestras). La pretensión de ajustarse a lo realmente sucedido como condición se anticipa en un siglo a la célebre definición de Ranke, porque a la postre éste se limitaba a canonizar una acepción que gozaba de consenso frente a los “interpretativos” en exceso, poéticamente ensayistas. Citando la *Historia de la Nueva España* de Solís, el Diccionario registra que de las noticias habrá de salir la “verdad, que es el alma de la historia”. Pero la Historia no se circunscribe a hechos humanos memorables descritos a través de una narración continuada, también se emplea en la descripción de “las cosas naturales, animales, vegetales, minerales, &c.”. A esta extensión sucedía el principio de la confusión porque la voz “Significa también fábula o enredo”, esto es, todo lo opuesto a la primera acepción; y en sentido no solo figurado, pues la palabra se empleaba referida a los cuadros y tapices que contenían “casos históricos”, es decir, relatos gráficos de un episodio pasado que se tenía por verídico. Por último, para terminar el enredo,

²⁰ Ricardo García Cárcel, “Introducción” a Ricardo García Cárcel (coord.), *La construcción de las historias de España*, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 14-15.

²¹ Ricardo García Cárcel, *La herencia del pasado: las memorias históricas de España*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

formando la frase “Meterse en historias”, daba a entender que alguien se introducía “en cosas que no entiende, o no son de su incumbencia ni le tocan”, es decir, se inmiscuía en asuntos que no le concernían. Meterse en historias. . . ajenas.

Las dificultades de los gramáticos no terminaban aquí. Al definir la voz “Nación”, comenzaban por la de uso más frecuente: “El acto de nacer. En este sentido se usa en el modo de hablar *De nación*, en lugar de Nacimiento: y así dicen, Ciego de nación”. La segunda acepción sería la más próxima a lo que después entenderemos, pero con una limitación estrictamente demográfica: “La colección de los habitantes en alguna Provincia, País o Reino”, y el ejemplo que citaba era “Con ser tantas y tan varias las naciones del mundo”. Por último, se refería “al otro”: “Se usa frecuentemente para significar cualquier Extranjero”. Nada nos dice sobre las características de los nacidos, de los habitantes o de los de procedencia extranjera, esto es, súbditos originarios de otros reinos, ni de sus experiencias. A lo sumo, en cuanto habitantes de “alguna Provincia, País o Reino”, vasallos de una jurisdicción particular y/o real.

Un siglo antes, Miguel de Cervantes, parafraseando a Cicerón (*Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae*), dirá de la Historia que es “émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir”, y de los historiadores se espera que deban ser “puntuales, verdaderos y nonada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición, no les hagan torcer del camino de la verdad”, verdad que el escritor presenta como hija de la propia historia. Jorge Luis Borges, en “Pierre Menard, autor del Quijote”, publicado en 1944 (*Ficciones*), treinta años antes de que algún teórico del lenguaje inventara la noción de metahistoria, jugó con la definición cervantina: “La historia, *madre* de la verdad; la idea es asombrosa. Menard [...] no define la historia como una indagación de la realidad sino como su origen. La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió”.

En verdad, al final del siglo XVI y en el XVII hallamos una doble tensión que además de obstaculizar la transformación de la Monarquía, dificulta y retrasa la formación de un cuerpo político activo, condición para que hablemos de nación; en consecuencia, también la Historia se ve sujeta a ser un relato institucional por más que unos pocos autores cortesanos titulen sus obras en torno a la idea de España y recuperen el discurso paleohistórico de Isidoro de Sevilla. De un lado, la Monarquía Universal Católica, el imperio y la función histórico-religiosa asignada a la Corona española, que para ser efectiva debe reconocer la pluralidad de los territorios y pueblos que abarca (siendo Castilla el reino hegemónico a partir de Carlos V), a pesar de las guerras continuas que la conservación de estos dominios trae consigo, a la vez que se instituye en guardián del dogma tridentino; de otro, la herencia de la formación de los reinos peninsulares había legado una jerarquía de calidades que además de distinguir a la nobleza, como en el resto de Europa, profundizaba en la “limpieza de sangre”, cualidad

sobre la que se edifica una primera diferenciación de “español” auténtico, distinto de la mezcla de plebeyos en la Península y de las “razas” y “castas” de América.

Es entonces, en respuesta a la primera gran guerra ideológica por la construcción de un relato prevalente que erosionara la legitimidad de la potencia combatida, lo que vulgarmente los ofendidos denominaron “Leyenda negra”, comenzó la primera campaña de contra-información y propaganda: la inconclusa *España defendida y los tiempos de ahora de las calumnias de los noveleros y sediciosos* (1612), de Francisco de Quevedo, versión no menos “novelera” de una “patria” ampliada a la Península -atiéndase: no a la Monarquía en su conjunto, ni a su prolongación imperial americana-, donde patria y *regnum*, en tanto realidad política circunscrita al corazón de la monarquía (Castilla imperante), se confunden. Poco después, en 1629, Cristóbal Suárez de Figueroa daba a la imprenta *Plaza Universal de todas las Ciencias y Artes*. Y en ella revisa la historia de los reinos a la vez que nos recuerda su finalidad práctica y moral. En cuanto a la primera, dirá, “La Historia da forma a la vida política”, comienza diciendo, y con ello explicita la función asignada a este “arte”. Y continua: “edifica la [vida] espiritual, ilustra la doctrina de la escritura, aprovecha para conocer las antigüedades Eclesiásticas; ayuda a la prudencia humana, aumenta la sabiduría, adorna la elocuencia, amplifica la práctica, y ofrece admirable favor a todas ciencias”. El conocimiento de los actos de los gobernantes permite extraer lecciones: “aprenden por la adversidad de otros a regirse a sí, y a encaminar la vida compuesta y sabiamente”. Más allá de “enseñar a los idiotas”, algo que la experiencia parece desmentir como un logro cierto, le confía la misión de que todos aprendan “a regir y gobernarse”, y señala el estímulo que supuso al emperador Carlos V la lectura de la Historia (*Mémoires*) de Philippe de Comines, chambelán del duque de Borgoña, infundiendo en el muchacho el deseo de seguir las pisadas de Ludovico II, rey de Francia²².

Las palabras de Suárez de Figueroa son un excelente ejemplo del cometido asignado a la Historia en el Renacimiento y el Barroco, pero también de la acotación del público al que se dirige. No existe entonces socialización alguna del saber o del discurso. Se dirige a círculos pequeños de cortesanos, clérigos y universitarios -futura burocracia, por necesidad limitada-. Se produce un cortocircuito entre el relato y el público. Hay que aguardar al nacimiento de la esfera pública para que esto cambie, con sus salones, sociedades ilustradas, bibliotecas y la aparición de sectores sociales e intelectuales receptores de lo que hasta entonces es una suerte de pequeña teología de Estado entrelazada en la continuidad cronológica. La “ciudad letrada” del Antiguo Régimen (la excelente figura construida por Ángel Rama), a diferencia del mundo colonial

²² Cristóbal Suárez de Figueroa, *Plaza Universal de todas las Ciencias y Artes*, Perpiñán, Luys Roure Librero, 1629, pp. 181-182.

americano, en la Península, por la cercanía del poder real y la extensa red de jurisdicciones señoriales, era una suerte de ciudad capturada y encriptada, pues los autores que la habitaban carecían de autonomía y de voluntad de poseerla más allá de los debates sobre los gustos artísticos. Complacer al rey, al mecenas nobiliario y a la Iglesia (*nihil obstat*) convertía a los escritores en una suma de servidores y condenaba a los historiadores al papel de escribanos de la corte, a diferencia de los escritores, panfletistas, filósofos y hasta cortesanos que en sociedades menos sujetas al poder real aventuraron otras modalidades de relato. España da lugar a las crónicas y a los cronistas de Indias, el género más libre en cuanto narración histórica que hasta el siglo XIX podamos encontrar en el país, pero no alienta la existencia de pequeños Montaigne o historiadores dotados de rigor e intuición al ocuparse de la “historia patria”. En Francia, Montesquieu -y con él los ilustrados contemporáneos y posteriores- incluyó entre las virtudes cívicas el amor a la patria, sentimiento que se hallaba unido no solo a la sujeción a una autoridad común, sino a la conciencia de pertenencia a una sociedad determinada que en buena medida se modelaba mediante la preocupación del poder político por el bien público.

La reacción renacionalizadora

El relato nacionalizador no dejó de practicarse en numerosos países y siempre ha gozado de un amplio público lector, por no extendernos sobre la organización curricular de los estudios primarios y secundarios y el papel reservados a ellos a la enseñanza de la historia nacional, por lo común, reiterada y ampliada en los sucesivos grados escolares. Los mitos demuestran aquí ser más persistentes de lo que parecía la evolución de la historiografía, e incluso los autores de manuales, con frecuencia profesores universitarios, alentados a producir contenidos para mayorías, generaban textos lo más neutros posibles, y todavía difunden y actualizan los tópicos más banales. En algún caso, estas “patrañas”, como las califica un desmitificador libro referido a los Estados Unidos²³, han contado con respuestas que parecen impensables en España y en muchas de sus autonomías sin levantar la correspondiente polvareda.

En las décadas finales del siglo XX se abrió un debate en Francia sobre la disolución de la identidad nacional. En lugar de discutir el fracaso de las políticas inclusivas hacia varias generaciones de migrantes, la mirada se volvió hacia el tipo de Historia que se enseñaba en la escuela: en vez de acontecimientos, nombres y proezas, de atender los episodios que fomentaran la empatía colectiva (nacional), las corrientes derivadas de la renovación pedagógica de las últimas décadas había instalado sociedades, modos de

²³ Véase James Loewen, *Patrañas que me contó mi profe. En qué se equivocan los libros de Historia de los Estados Unidos*, Madrid, Capitán Swing, 2018.

producción, cultura, modificaciones de la vida social, buena parte de la herencia de la Escuela de Annales, etc. Se había perdido la memoria de la continuidad colectiva encarnada en la historia positiva. El debate no tardó en traspasar los Pirineos, alertándose de una tendencia doble: la misma que se había señalado en el país vecino y el auge de la historia local, que multiplicaba las singularidades perdiéndose la idea general, algo que irritaba en particular a esos autores que presumen de tener el Estado en su cabeza (y con motivo, no guardan espacio disponible en las circunvoluciones en las que radica la cualidad del razonamiento), mientras las adaptaciones curriculares introducían en casi todos los territorios temas de historia “propia”. La solución propuesta desde el gobierno conservador de José María Aznar consistía en reintroducir más historia nacional, más relato sobre “lo que nos une”, reconociéndole a la Historia, una vez más, un papel instrumental, ideológico, formador de conciencia colectiva. En un libro dedicado a examinar los usos políticos de la Historia y los intercambios entre políticos/ideólogos e historiadores, me referí a cómo el pasado patriótico español se insertó en la agenda de los *neoon* hispanos agrupados en la Fundación FAES, pero también en algunos centros liberal-conservadores del estilo de la Fundación Ortega y Gasset, para irritación apenas contenida de cualificados historiadores vinculados a una y otra²⁴.

En las mismas décadas de crisis de la narrativa nacional comprobamos que ésta se mantuvo vigente en tres circunstancias: *a*) en los territorios de caracteres nacionales que carecían de Estado propio, puesto que el pasado constituía un elemento esencial del discurso político; *b*) en los países de soberanía reciente, todavía en proceso de consolidación en la población de una conciencia nacional, en muchos casos donde la pluralidad de esa misma población y las fronteras heredadas del colonialismo eran percibidas como amenaza centrípeta; y *c*) en los países que experimentaban procesos de transformación, en los cuales la disputa por la interpretación del pasado nacional era un elemento más del combate por la hegemonía cultural, aunque en este caso la historiografía de sesgo nacionalista solía quedar en manos de historiadores no académicos o de publicistas.

El caso español estaría incluido en una excepción: participa de la tendencia indicada en primer lugar, en una parte de las historiografías catalana, gallega y vasca, a la vez que se mantendría una tendencia fuerte de historia nacional-española auspiciada tanto por la reacción ante un exceso de tergiversación histórica durante la dictadura franquista, que incitaba a reconstruir el relato desde varias posiciones, como por el *revival* de un pasado secular unitario, discutido ahora por la revisión académica y por los nacionalismos

²⁴ José Antonio Piqueras, *Cánovas y la derecha española. Del Magnicidio a los neoon*, Barcelona, Península, 2008.

periféricos en su doble orientación: mítica-romántica y singularista. Esta última tendencia disfrutó de la complacencia de la Administración central del Estado durante los gobiernos conservadores de 1996 y 2004 y de 2011 a 2018, impregnándose en el ínterin amplios sectores de la sociedad española por otros medios de socialización, desde los éxitos deportivos (que acuñaron gritos “de guerra” después trasladados a la política, al igual que había sucedido con el *¡Forza Italia!*) al orgullo de crear “campeones nacionales” en tal o cual sector económico. En 1997 la cuestión parecía que se iba a convertir en asunto de Estado cuando la ministra de Educación, Esperanza Aguirre, hizo suyos los argumentos de la débil nacionalización a la que contribuía la decadencia de las Humanidades en la enseñanza secundaria obligatoria (12-16 años). En consecuencia, encargó a una comisión de expertos reunida por la Fundación Ortega y Gasset un plan común de contenidos mínimos en Geografía e Historia. El objetivo general nº 5 del proyecto de real decreto proponía “Comprender y valorar el carácter unitario de la trayectoria histórica de España con sus diversidades lingüístico-culturales”²⁵. El Congreso de los Diputados derrotó el proyecto con el voto unánime de la oposición y de los aliados del gobierno, siendo por fin retirado dado que el Partido Popular gobernaba con el respaldo de los nacionalistas catalanes (CiU) y vascos (PNV), en cuyas autonomías, de otra parte, nadie fiscalizaba si se enseñaba la comprensión y valoración del carácter singular de sus respectivas trayectorias históricas sin referencia a la experiencia compartida o subestimando su importancia.

La citada dirigente del PP, convertida en presidenta de la Comunidad de Madrid, en 2007 promovió la Fundación Dos de Mayo, Nación y Libertad, que debía preparar las conmemoraciones del centenario de 1808 pero que entre sus propósitos declarado se contaba “reforzar el sentimiento de que España es una gran nación”. La Fundación, durante su existencia, fue un *think tank* de historia nacional-patriótica española: lo mismo producía una película a José Luis Garcí (*Sangre de Mayo*, 15 millones de euros de presupuesto, menos de un millón de ingresos por recaudación) como editaba libros, organizaba exposiciones y ofrecía conferencias. En 2014 cerró sus puertas y tres años después la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil completaba su informe, concluyendo que dos subvenciones recibidas por la Fundación 2 de Mayo, Nación y Libertad, por un total de 6,36 millones de euros, procedentes de la Fundación Caja Madrid, habían ido a parar a la financiación de campañas electorales del partido de Aguirre, motivo por el cual el juez abrió instrucción. Con el mismo sentido “liberal”, los

²⁵ El debate parlamentario y los contenidos de Geografía e Historia previstos por la comisión de expertos, en “Las humanidades: el debate político”, *Aula-Historia Social* 1 (1998), pp. 82-95. Diversos análisis en el monográfico “Historia y sistema educativo”, *Ayer* 30 (1998). Véase también Joaquín Prats, “La enseñanza de la Historia y el debate de las Humanidades”, *Tarbiya. Revista de investigación e innovación educativa* 21 (1999), pp. 57-76.

gobiernos de José María Aznar y de la autonomía asturiana beneficiaban generosamente (cesión gratuita de un edificio singular y amplia dotación económica) a la Fundación Gustavo Bueno, del otrora filósofo comunista devenido defensor a ultranza del nacionalismo español, por cuya “Escuela de Filosofía” pasó lo más granado del conservadurismo universitario, mientras estrechaba lazos con la Fundación DENAES para la Defensa de la Nación Española, vivero del partido ultraderechista Vox.

Los ejemplos se multiplican por doquier. Las contribuciones privado-públicas describen la renovación del esfuerzo nacionalizador acrítico, en el sentido de restituir la historia institucional (impostada) y de ocultar bajo las alfombras las contribuciones que la desmentían. El fenómeno tuvo sus especialistas, catedráticos de pluma en ristre y bolsa tintineante que ofrecieron la visión complaciente que de ellos se esperaba. La Fundación Argentaria (entonces un banco público en proceso de privatización, fusionado en 1999 con el BBV) o la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales (SECC), auxiliadas con generosas ayudas del Ministerio de Cultura, encontraron el “comisario” solícito de la era Aznar en Carlos Dardé, responsable de las exposiciones “Cánovas” (1997), “Sagasta y el Liberalismo Español” (2000) y “Liberalismo y Romanticismo en tiempos de Isabel II” (2004); más tarde, en 2015, aceptaría el encargo del presidente de la Comunidad de Madrid, Ignacio González (procesado a continuación por corrupción) para organizar la exposición “Donoso Cortés: el reto del liberalismo y la revolución” (2015). Las diferencias entre estas conmemoraciones -y otras muchas auspiciadas por la SECC- y el simposio “Espanya contra Catalunya: una mirada històrica (1714-2014)”, auspiciado por un departamento de Presidencia de la Generalitat de Cataluña (aparte de que el proyecto inicial del segundo buscaba analizar las relaciones históricas entre ambas entidades y adquirió un sentido distinto cuando su responsable rubricó el provocativo título sin consultarlo con los participantes), podría dar lugar a un debate sobre los límites de maniqueísmo tolerable, el acomodo del pasado a intereses presentistas o lo que debiera ser materia de un encuentro científico o un aparato de propaganda retrospectiva sobre la monarquía o el natural carácter indomable de tal o cual pueblo. Porque algunos historiadores son a la recreación del periodo isabelino y de la Restauración lo que el señor Winston Lobo a los problemas ocasionados por las torpezas de los recaudadores en *Pulp Fiction*: limpian el escenario del delito y hacen desaparecer con eficacia las pruebas inculpatorias de los periodos turbios de los siglos XVIII, XIX y XX.

Nación y comunidad civil y política

El Estado contemporáneo inaugura el desplazamiento de la concepción providencial y del poder supremo de la Corona a la legitimidad que emana del pueblo y es ejercida por representantes que han sido electos por cierto número de ciudadanos a

los que se atribuye la cualidad de intervenir en nombre de toda la nación, es decir, también de los excluidos: las mujeres, los menores de edad, los inhabilitados por sentencia para ejercer el voto, los analfabetos o los que no reunieran determinado nivel de renta. La ciudadanía distaba de ser plena durante la era del liberalismo constitucional y tardó en acomodarse en la era de la democracia masculinizada. Pero la nación era depositaria teórica de la soberanía y los gentilicios nacionales debieron ser desde el comienzo del gobierno representativo mucho más que una carta de ciudadanía o un pasaporte para los viajeros, porque las constituciones fijaban obligaciones tales como contribuir a la defensa y a los gastos públicos, por ejemplo, que demandaban una participación, enunciada al margen de la voluntariedad de los individuos. El amor a la patria era otra de las obligaciones, con fuerza legal o con la reprobación general hacia los refractarios.

A la vez que se identificaba un sujeto soberano, el pueblo-nación, se acometía la doble tarea de definirlo por medio de un conjunto de rasgos comunes y de un pasado compartido. Ese pasado debía expresar una unidad retroactiva, de la que era heredero el cuerpo nacional presente, hallándose éste comprometido a legarlo a las siguientes generaciones. En la era de la soberanía nacional, los ciudadanos, al igual que estaban sujetos a ciertas obligaciones, tenían limitada su voluntad si de sus decisiones pudiera desprenderse un perjuicio a la patria, de la que eran simples usufructuarios, puesto que ésta constituía una realidad de un valor superior a las contingencias de una generación pasajera. Esta construcción contrastaba con la monarquía territorial del Antiguo Régimen, en la que los reinos se agregaban mediante conquistas o uniones dinásticas y se segregaban de acuerdo con decisiones de la Corona entre los descendientes del rey (Mallorca), rebeliones cesionistas (Portugal), pérdidas en conflictos bélicos ante otra potencia (Rosellón y Cerdeña, Gibraltar, Cuba, Puerto Rico y Filipinas), permutas (Luisiana, Santo Domingo) o la cesión onerosa (Florida), sin generar por ello, salvo excepciones tardías, un sentimiento de irredentismo, de patria incompleta, entre otras razones porque “patria” venía a significar cosa distinta de lo que luego ha designado la palabra y únicamente aludía al lugar de nacimiento o a los dominios (sin lazos emocionales entre sus pobladores) bajo una misma autoridad real, de la misma manera que albergaban gentes de costumbres, lenguas y pasados diversos unificados por la condición de súbditos, variable contingente.

La narrativa nacional era en los siglos XIX y XX un gran artefacto cultural y educativo, no muy distinto del que había acompañado a la formación del príncipe y de los nobles, solo que ahora se hacía plural, referido al nuevo sujeto de imputación soberana o a la parte activa del mismo, las “clases medias”, objeto preferente de la formación de una identidad colectiva. El relato debía poseer la mayor coherencia interna de la que pudiera dotarse, indispensable a los efectos de los fines buscados: crear y reproducir identidad nacional, una determinada autoconciencia que se presume genuina,

original e inequívoca, capaz de registrar y de proyectar el ADN de todo un pueblo (pueblo-nación), otra de las ilusiones heroicas alumbradas en el nacimiento de las sociedades contemporáneas. He aquí, en sentido práctico, la plasmación de la afirmación abstracta antes citada de Marx acerca de la esencialización de los conceptos y su presentación en las sociedades modernas en forma de ideas universales y de leyes eternas, por más que como en el caso nacional/ nacionalista responda a objetivos históricos concretos, y como tal pasajeros.

Homi Bhabha ha abundado en la reflexión sobre “El surgimiento de la ‘racionalidad’ política de la nación como forma de narrativa —estrategias textuales, desplazamientos metafóricos, subtextos y estratagemas figurativos—”. Sobre la narración nacional llega a la conclusión de que supone “Una representación cuya compulsión cultural reside en la unidad imposible de la nación como fuerza simbólica”. No obstante, Bhabha se resiste a descalificar “el intento persistente de los discursos nacionalistas de producir la idea de nación como una narrativa continua del progreso nacional, el narcisismo de la autogeneración, el presente primitivo del *Volk*”. La idea misma de nación, sin embargo, la encuentra ambivalente sin salir del ámbito cultural, en el que cree que debe inscribirse. La ambivalencia se muestra en el “lenguaje de aquellos que escriben acerca de ella y a las vidas de quienes viven en ella”. Los historiadores se refieren a los orígenes de la nación identificándolo con el nacimiento de la modernidad de su sociedad, pero la temporalidad cultural de la nación corresponde a una realidad social y a una conciencia social mucho más transitoria, dice²⁶.

Ahora bien, la limitación del fenómeno al ámbito cultural, al que se confina tanto la narrativa nacional como el fenómeno histórico del que da cuenta la narración, encierra un problema de difícil solución y prorroga *ad absurdum* la lucha, no ya por establecer el conocimiento verídicamente fundado sino por “lo que juzgamos que sucedió”, que escribió Borges. Un ejemplo de todo esto lo hallamos en el disfuncional ensayo de José Álvarez Junco sobre la idea de España en el siglo XIX, *Mater dolorosa*. El autor se refería a la dificultad de precisar los conceptos de nación y de nacionalismo, pero desde las primeras páginas nos adelantaba que aunque no tuviéramos muy claras esas nociones, la española era la identidad política “de mayor éxito de las surgidas en la península ibérica durante, digamos, el último milenio”. A continuación, nos propone explorar esa identidad política en el siglo XIX de forma exclusiva desde la historia cultural o político-cultural, ciñéndose al universo simbólico y prescindiendo, nos anuncia, de lo socioeconómico, lo jurídico o lo institucional, es decir, de la historia protagonizada por

²⁶ Homi K. Bhabha, “Introducción: Narrar la nación”, en Homi K. Bhabha (comp.), *Nación y narración: entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010, pp. 11-19.

los hombres y las mujeres. También se echa sobre sus espaldas la hercúlea tarea de explicar esa identidad “desde una perspectiva española, lo que en buena medida quiere decir madrileña”, dice, para referirse no a lo que sucede en Madrid o interesa únicamente a los madrileños, sino desde el convencimiento de que esa visión es la del Estado, y por tanto, la prevaleciente²⁷. Un crítico -no necesariamente nacionalista periférico- objetaría que estos enunciados y premisas (casticismo aparte) son piezas constitutivas del más rancio discurso nacionalista español, indistintamente del anuncio de considerarse ajeno a sus postulados en nombre de sus convicciones o de las reglas del método histórico. El mismo autor, en colaboración, defenderá más tarde la utilidad, a efectos de crear y reforzar autoestima, identidad nacional española en suma, de determinadas distorsiones históricas aceptadas, exactamente lo que reprueba de distorsiones equivalentes en nacionalismos periféricos beligerantes con el español.²⁸ Cobra actualidad, también en este caso, el cultivo de la amapola para destinarla a los heroínómanos: los mercados nacionalistas en conflicto se retroalimentan sin cesar con las contribuciones de historiadores que distinguen entre los mitos buenos y los mitos perversos para describir una realidad, en lugar de explicarla recurriendo a la investigación. Determinados historiadores, en suma, son parte de la disputa.

Un problema no menor que adicionalmente se le presenta al autor es que aspira a escribir Historia de la historia con un descuidado conocimiento del siglo XIX, más allá de la consulta de las obras de la época al alcance del común y de los manuales que están condicionados por el constructo de una narrativa nacional asociada a grupos sociales en conflicto, que previamente ha dejado fuera de esta historia. *Mater dolorosa* ignora por completo la movilización patriótica puesta en pie en 1793 de la mano de la Corona y la Iglesia que da rienda suelta a todos los panfletistas contrarrevolucionarios que hasta entonces el despotismo ilustrado tenía amarrados, y que dará lugar a la primera combinación moderna de patriotismo español y pensamiento reaccionario que habría de acompañarnos durante los doscientos veintiséis años posteriores. Otro problema, esfuerzo de retórica aparte, es que se limita a concluir las tesis conocidas de Juan José Linz sobre el fracaso de los proyectos nacionalistas españoles debido a su confrontación interna (las “dos Españas”) sin vencedor ni integración, y por la escasa presencia del Estado en la sociedad (el Estado influye poco en educación, en valores y en símbolos - ¡cuestión de cultura!, vuelven a decirnos: ¿de hegemonía cultural asociada a proyectos de hegemonía social?), o los inconvenientes de haber carecido de un “patriotismo belicista” al haber estado ausente de las grandes guerras del XIX-XX; lo que completa con las

²⁷ José Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 20-23.

²⁸ José Álvarez Junco y Gregorio de La Fuente, *El relato nacional. Historia de la historia de España*, Madrid, Taurus, 2017.

opiniones de un conocido artículo de Borja de Riquer -distacado de las explicaciones Linz- sobre la escasa nacionalización de un Estado únicamente centralizador²⁹. Cosas dichas, un *déjà vu*. ¿Poco Estado? ¿Poco presente? Otra cosa es que antes de una *mater dolorosa* tuviéramos un *pater padrone*: el Estado se hacía presente en la represión, encomendada al ejército y a la guardia civil, a los carabineros y a docenas de cuerpos armados provinciales y locales, en la falsificación del sufragio con el consentimiento de los poderes públicos, en las levas de jóvenes para el servicio militar con exclusión de quienes pudieran pagar la redención en metálico del servicio a la nación, que eran justamente los lectores de esas historias nacionales y los canalizadores del discurso patriótico, la ausencia de un sistema judicial ecuánime y efectivo, un Estado que dispensaba de las contribuciones fiscales acordes a la riqueza de cada uno a los pudientes y se ensañaba con los impuestos sobre productos necesarios de consumo que incidían particularmente en las clases humildes. ¡Ay, clases, clases, clases...! La nación realizada o frustrada acaba siendo un asunto social o sociopolítico, aunque su narrativa sea asunto cultural.

La crítica dirigida a las grandes narrativas no se ha producido por un descenso de interés por la cuestión de las identidades. Por el contrario, el fenómeno de las identidades ha conocido una extraordinaria expansión, no solo referida al sentido y al sentimiento de pertenencia a una comunidad “nacional”, sino a un colectivo étnico o racial, un estrato social (no necesariamente “de clase”), una procedencia suburbial, etc. La crítica ha tomado auge por lo que las narrativas tergiversaban o falseaban en términos “nacionales”, o por lo que silenciaban: todos esos ámbitos identitarios que, parafraseando a Foucault y su “microfísica del poder”, podemos llamar la “microfísica de la sociedad”. Esas narrativas proporcionaron también un canon de aproximación al pasado desde el instante en que seleccionaron acontecimientos y personajes, los ordenaban y jerarquizaban su relevancia, legado bastante más difícil de erradicar, como se desprende del examen de la historiografía actual. Sus autores tampoco se sustraen a la ideología de la cultura dominante, que sin reparo presentan como signo de progreso y de verdad.

Algo subyace, sin embargo, en el relato nacional-histórico que lo hace resistente, más allá de la historia patriótica militante. Haríamos bien en preguntarnos no solo por las interpretaciones que encierra, sino por las funciones que desempeña en Estados

²⁹ José Álvarez Junco, *Mater dolorosa*, pp. 503, 533, 607. Juan J. Linz, “Early State-Building and Late Peripheral Nationalism against the State: The Case of Spain”, en S.N. Eisenstadt y S. Rokkan (eds.), *Building States and Nations*, Beverly Hills, Sage Publications, 1973, vol. 2, pp. 32-112, y “Los nacionalismos en España. Una perspectiva comparada”, *Historia y Fuente Oral* 7 (1992), pp. 127-135. Borja de Riquer i Permanyer, “La débil nacionalización española del siglo XIX”, *Historia Social* 20 (1994), pp. 97-114.

nacionales que continúan siendo el marco natural de acción política y de interlocución de lo político y la opinión pública, por más que los procedimientos de nacionalización se hayan desplazado de los instituidos en la fase de consolidación del Estado.

La Historia, además de promover identidad colectiva y cierta lealtad al Estado, es una potente forma de conciencia colectiva: Marc Bloch lo expresa bien cuando reivindica su origen judío únicamente frente a los antisemitas y, en cambio, se declara “francés” por haber nacido en el país, haber bebido su cultura y *haber hecho suyo su pasado*³⁰. Ahora bien, ¿cómo hacer propio un pasado en constante discusión, un pasado compartido que es negado por razones ideológicas, idiomáticas, de presente o futuro? Quizá, antes de volver a la narrativa nacional, pueda comenzarse por una historia comunitaria, de elementos diversos en relación, en conflicto, afines, opuestos, víctimas de las mismas derrotas y partícipes de abusos semejantes. En segundo lugar, la obsesión por las identidades es histórica en el sentido de que tiene una explicación históricamente determinada y no responde a una ley universal de valor constante, esto es, ha de ser concebida como transitoria por más que ahora no se atisbe el momento o las causas de su superación. En fin, un buen comienzo puede consistir en prestar más atención a la historia de la sociedad y la historia de los poderes derivados de esa sociedad y de los intereses que alberga, entre ellos, el uso de las narrativas para ocultar realidades en lugar de servirse de ellas para hacer más comprensible el mundo que nos circunda y sus cambios permanentes.

³⁰ Marc Bloch, *La extraña derrota*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 30 y 32.